

DOROT. que es la ropa perdurable
de la gloria que Dios viste
sin peligro que se rasgue.
¡Ay, esposo de mi vida!
¿cómo si tanto me amaste,
entre las penas me dejas
y á los deleites te partes?
¿No somos los dos consortes?
llévame contigo, alcance
la acción debida, que tengo

PENDÓN. á los bienes gananciales.
Esperanza: á un monasterio,
tú motilona, y yo fraile,
no hay que hablar en matrimonios,
San Pendón han de llamarme.
LELIO. Esta historia nos enseña
que para Dios todo es fácil,
y que en el mundo es posible
ser un hombre *Santo y Sastre*.

COMEDIA FAMOSA

LOS LAGOS DE SAN VICENTE

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

FERNANDO, <i>Rey</i> .	DOS MOROS.
DON TELLO.	DON GUTIERRE.
DOÑA BLANCA.	DON GARCÍA.
DOS CAUTIVOS.	CASILDA, <i>santa</i> .
AXA, <i>mora</i> .	SAN VICENTE.
REY MORO.	ABÉN ROGEL, <i>moro</i> .
CARRASCO, <i>pastor</i> .	NUESTRA SEÑORA.
MARI PABLOS.	JUAN PASCUAL, <i>rústico</i> .
MÚSICOS.	DOS PASTORES.
ALÍ PETRÁN, <i>moro</i> .	

ACTO PRIMERO

ESENA PRIMERA

En lo alto de unos riscos PASCUAL, villano, muy á lo grosero con un bastón y una honda. Por la mitad de los riscos el REY DON FERNANDO, de caza.

PASCUAL. ¡Hao! que espantáis el cabrío.
¡Verá por dó se metió!
¡Valga el diablo al que os parió!
Echá por acá, jodio.
Teneos el abigarrado.
FERNAN. Enriscado me perdí;
Pastor, acércate aquí.
PASCUAL. Sí, acercáosle, que espetado; (1)
pues yo os juro á non de san
que si avisaros no bonda
y escopetina la honda
tres libras de mazapán,
mijor diré mazapiedra...
¡Hao! que se mos descarría
el hato.
FERNAN. Escucha.

(1) En la reimpression sevillana dice:
Sí, acercaos ¡qué espantado!

PASCUAL. Aún sería
el diablo; verá la medra
con que mos vino; arre allá
hombre del diablo, ¿estás loco?
ve bajando poco á poco,
no por ahí, ancia acá.
¡Voto á san, si te deslizas...
FERNAN. Acerca, dame la mano.
PASCUAL. Que has de llegar á lo llano,
bueno para longanizas.
(Alárgale el bastón para que se tenga á él.)
Agarraos á este garrote.
¿Quién diabros, por aquí os trujo?
Teneos bien, que si os rempujo,
no doy por vueso cogote
un pito.
FERNAN. ¿Qué tierra es ésta?
PASCUAL. La Bureba de Castilla.
FERNAN. ¡Notables riscos!
PASCUAL. Mancilla
vos tengo.
FERNAN. ¡Qué extraña cuestas!
PASCUAL. Llámase Espanta roines.
FERNAN. No sé yo que haya en España
tan escabrosa montaña.

PASCUAL. Mala es para con chapines.
(*Van bajando.*)
Dad acá la mano.
FERNAN. (*Con guante.*) Toma.
PASCUAL. ¿Hay mano con tal brandura?
ó sois vagamundo ó cura;
Echad por aquesta loma.
Con ijento, hao, que caeréis.
FERNAN. ¿Hay peñas más enriscadas?
PASCUAL. Manos de lana y peinadas
guedejas: hao, no me oléis
á poleo; pregue á Dios
que no encarezcaís la leña.
FERNAN. No malicies.
PASCUAL. ¿Pues hay dueña
que las tenga como vos?
FERNAN. ¿Nunca viste guantes?
PASCUAL. ¿Qué?
FERNAN. Estos; ¡simple es el villano!
(*Vase descalzando el guante.*)
PASCUAL. Hao, que os desolláis la mano.
¿Estáis borracho?, á la he,
que debéis ser hechicero.
El pellejo se ha quitado
y la mano le ha quedado
sana, apartada del cuero.
Las mías el azadón
les ha enfórrado de callos;
pues que sabéis desollarlos
hedme alguna encantación,
ó endilgadme vos el cómo
se quitan, que Mari Pabros
se suele dar á los diabros
cuando la barba la tomo.
FERNAN. ¡Sazonada rustiqueza!
PASCUAL. Por aquí, que poco falta
de la sierra.
FERNAN. Ella es bien alta
y asombrosa su aspereza.
PASCUAL. Y decid, por vuesa vida,
qué, ¿se puede desollar,
la mano sin desangrar
quedando entera y guarrida?
FERNAN. Anda, necio; la que ves
es una piel de cabrito
ó cordobán.
PASCUAL. Sí; bonito
soy yo.
FERNAN. Adóbanla después
y ajustándola á la mano
del aire y sol la defiende.
PASCUAL. ¿Qué bueno!, ó sois brujo ó duende.
¿Pensáis, aunque só serrano
burlarme? ¿No está apegada
con la carne esotra?
FERNAN. No.
PASCUAL. ¿No os la vi desollar yo?
FERNAN. Estaba en ella encerrada
como tu pie en esta abarca.
PASCUAL. Si las atáis por traviesas
dejaradeslas vos presas
ó metidas en el arca.
Mari Pabros me pedía
la mía de matrimonio,
y yo, como amor la enseño,
dándola aquesta vacía,
burlada se quedará

si por Otalla-la dejo;
que hay mano que da el pellejo
pero no la volunta.
Y porque ya estáis abajo
adiós, que al hato me vá.
FERNAN. Quiero desempeñar yo
las deudas de tu trabajo.
Toma este anillo.
PASCUAL. ¿Este qué?
FERNAN. Anillo es de oro.
PASCUAL. Verá,
de prata los hay acá
mijores; se le daré
á Mari Pabros, señor.
¿Qué es esto que relumbrina?
FERNAN. Un diamante, piedra fina.
PASCUAL. ¿Lo que llaman esprendor
el cura y el boticario?
FERNAN. ¿Quién?
PASCUAL. Un par de entendimientos
que á falta de pensamientos
nos habran tras ordinario
y hay en nueso puebro quien
mos avisa; estos que oís
echan al pan negro anís
para que mos sepa bien.

ESCENA II

Sale DON TELLO, desnuda la espada y en cuerpo.
Dichos.

TELLO. Quien no cumple obligaciones
de valor y de amistad
pague así su deslealtad
y vengue sus sinrazones.
FERNAN. Tened, don Tello, ¿qué es esto?
¿Vos con la espada desnuda?
TELLO. Señor, un agravio muda
leyes que amor había puesto.
Cazando os habéis perdido,
pero podréis os hallar
á vos mismo, si excusar
sentimientos sois servido
de quien valor interesa
y busca satisfacción.
Cazad, Fernando, el blasón
de igual, que es sabrosa presa
digna de las majestades
en que se retrata Dios;
verdades huyen de vos,
seguid, señor, las verdades.
FERNAN. Pues ¿á qué fin es todo eso?
TELLO. Don Diego, favorecido
de vos, muchos ha ofendido,
que el privar ofusca el seso;
y yo que dél confíe
prendas de la voluntad,
quejoso de su amistad
en esta sierra saqué
con su sangre el sentimiento
de mi agravio; no sé yo
si vive sé que quedó
herido y con escarmiento.
Temo el poder coronado
de un Rey que se subordina
á leyes que amor inclina

contra la razón de estado.
Siento seguirme su gente
y el riesgo no da lugar
á poderos declarar
la ocasión que tuve urgente.
Si vos la verdad seguís,
que os suplico que busquéis,
en los yermos la hallaréis,
y si templado la oís
sabréis el agravio mío;
mas si os tiene el favor ciego
de doña Blanca y don Diego,
aunque enemigo, os la fio.
FERNAN. Don Tello, esperad.
TELLO. No puedo,
gran señor, aunque os adoro,
que os he ofendido; al Rey moro
voy á servir de Toledo. (*Vase.*)

ESCENA III

DON FERNANDO, PASCUAL Y DOÑA BLANCA.

BLANCA. Fernando generoso,
á quien debe Castilla
el título de reino
si el de condado olvida,
y en hermandad eterna
acuartelados pintas
castillos y leones
en unas armas mismas,
escucha agravios tuyos,
porque entre injurias mías
á ti te satisfagas,
á mí me des justicia.
Mi nombre es doña Blanca,
ya blanco de desdichas,
á quien airados cielos
con triste aspecto miran.
Señora destos montes,
destas sierras altivas,
mis padres castigaron
por heredarlos hija.
Única fui en Briviesca,
solar y casa antigua
de mis antepasados;
notoria fué su estima.
Mis años eran pocos
y menos la noticia
forzosa á una doncella
ya madre de familias.
Don Tello de Velasco
(cuyas tierras vecinas
le hicieron, si no deudo,
doméstico en mi villa)
multiplicaba en ella
frecuencias compasivas
á que le ocasionaban
el verme sola y rica.
Menesterosa entonces
de quien con manos limpias
mi hacienda administrase,
que en huérfanos pelagra,
tomóla por su cuenta,
y al paso que crecían
mis réditos y censos,
crecieron sus visitas.

Menguó en vulgares lenguas
la fama, que lastiman
con sombras de verdades
hipócritas mentiras.
Llegaron estas nuevas
despacio á mi noticia,
puesto que siendo malas
suelen llegar de prisa.
Y como la advertencia
después de la puericia
en juventudes nobles
lo licito limita,
en lo que no lo era,
por retrenar malicias,
quise, si no atajarlas,
hontada, reprimirlas.
Para esto, vergonzosa,
llamé á don Tello un día
y entre vislumbres arduas
examinando cifras,
le dije: Diligencias
que alientan cortesías
y desinteresadas,
si no empeñan, obligan,
han dado al ocio infame
sospechas y premisas
que á mi opinión se atreven,
que vuestra fama eclipsan.
Ya suele juzgar verde
la nieve quien la vista
por verdes vidrieras
socorre, cuando mira.
¿Qué mucho, si villanos
ociosos nos registran
con maliciosos ojos,
que juzguen á malicia
desvelos de nobleza,
queriendo que se midan
con sus intentos torpes
acciones comedidas?
El veros tan afecto
diligenciar prolijas
agencias de mi hacienda
por vos restituida,
remiso en vuestra casa,
solicito en la mía,
cuidando mis aumentos
y frecuentar venidas,
no siendo nuestra sangre
por vínculos propinqua,
la edad ocasionada
en vos y en mí florida;
vos hombre, mujer yo,
y en ellas perseguida
la fama, si nos notan
no os cause maravilla,
que yo os juro, don Tello,
que á no ser presumida,
aventurara aciertos
de este confuso enigma.
Porque oficiosas muestras
después de tantos días,
con tal perseverancia
aunque el silencio oprima,
señales acreedoras
por sí mismas me avisan,
que agencias sin retornos

ó mueren ó se entibian.
Ya yo me he declarado:
quien debe, y noble libra
hidalgos desempeños,
no quiere trapear ditas.
Los vuestros reconozco
y sé que se acreditan
con el cortés silencio,
que cuando beneficia
el bien nacido, calla;
porque ajustar partidas
de amantes pretensiones
serán mercaderías.
Mirad en este caso
lo que la vuestra arbitra,
y sea desmintiendo
los que nos fiscalizan,
ó limitando el verme
y de mi casa y vida,
si administrador, dueño
creciendo á mi amor dichas.
Dije. Y él, cortesano,
con lengua agradecida
no osó afirmar con alma,
(que tal vez son distintas
palabras de intenciones),
encareció la estima
de mis ofrecimientos,
y con respuesta ambigua
enmarañó esperanzas,
puesto que ya yo vía
que amante que no otorga
es fuerza que despida.
Partióse á vuestra corte,
y en ella comunica
secretos á don Diego,
cuya amistad antigua
abrió puertas al alma,
(si es lícito el abrirla
en daño de tercero
quien guarda cortesías);
dijo, que si me hallase,
volviendo, maravilla
de ausentes con firmeza,
entonces dispondría
su amor y mis deseos;
porque aunque se edifica
de piedras una casa,
se cae si no se habita.
Partió Tello á la guerra,
y mientras se ejercita
en merecer laureles,
acá le descaminan
la paz, curiosidades
que siempre patrocinan
amores, cuando el ocio
á la ocasión prohija.
Háblame alabado
don Tello por la cifra
de hermosas y discretas;
estaba yo ofendida
de necias dilaciones
que plazos diferían,
pecando de groseras
por sobra de advertidas.
Vino don Diego á verme
cuando esta monarquía

por descansar sus hombros
en él su peso alivia;
su amigo fué don Tello;
mas siendo, como afirman,
en ellos sola un alma,
gobierno de dos vidas,
debió tener por cierto
que le pertenecía
la acción de pretenderme;
y para proseguirla
ocasionó frecuencias,
sirviome algunos días,
correspondile grata,
sus prendas conocidas,
y el interés de verle,
que con tu Alteza priva
me hicieron estimarle
con fe tan excesiva,
que cohechando al sueño
gozaba en él su vista.
Pasáronse dos meses,
volvió, ya reducida
Galicia á tu obediencia,
don Tello á esta provincia;
hallóme ya prendada,
y supo que admitía,
en fe de sus tibiezas,
al dueño de su envidia.
Disimuló pesares
hasta que, vengativa,
su espada en esta caza
le hiere y me lastima.
A tu favor se atreve,
contra mi amor conspira,
y huyendo tus venganzas
las imposibilita.
Despacha, Rey, enojos
que vuelen y le sigan,
alas de fuego lleva
la espada de justicia.
Todo el poder lo alcanza;
á Dios, Fernando, imita
la furia de los reyes
que igualmente castigan
agravios coronados,
privanzas ofendidas,
sin reservar lugares
los rayos de su ira.
FERNAN. Más siento vuestro pesar
que el que mi enojo interesa;
alzado, alzado.
PASCUAL. Pulla es ésa;
¿qué diablos tiene de alzar?
Estése quedo: ¿no veye
que es nueva ama?
BLANCA. Sois Rey vos,
sol de España.
PASCUAL. Mas, por Dios,
¿y qué era su merced el Rey?
Somos bestias los villanos.
No en balde trae otro par
de manos, que para dar
todo el Rey ha de ser manos;
deme una pata á besar.

FERNAN.

PASCUAL.

BLANCA.

PASCUAL.

ESCENA IV

Salen DON GARCÍA y DON GUTIERRE.—DICHOS.

GARCÍA. Aunque fué grande la herida
no corre riesgo su vida.
FERNAN. Todo hoy ha sido azar;
¿adónde don Diego está?
GUTIER. En esta quinta procura
la piedad y la hermosura
de quien hospicio le da
que el regalo y la caricia
disminuyan su dolor.
FERNAN. Cura por ensalmo amor.
Ya, Blanca, tengo noticia
de que os conocen por dueño
esta quinta y su lugar;
con una acción he de dar
dos saludes al empeño
de voluntad con que os llama
el herido su acreedora,
y al mal, que siempre mejora
viendo á su prenda quien ama.
Yo quiero, siendo el doctor,
que de una vez convalezcan:
méritos suyos merezcan
el mío y vuestro favor.
Hoy le habéis de dar la mano,
que es la más justa venganza
que apetece su esperanza
y vuestro amor.

BLANCA. Mucho gano
en que esté tan por tu cuenta,
gran señor, nuestra ventura,
porque la envidie segura
quien sus principios violenta.
Pero ¿á quién tengo de dar
la mano que disponéis?
FERNAN. ¿Cómo á quién? ¿Vos no queréis
á don Diego?

BLANCA. ¿Yo? Obligar
me supo poco don Tello;
pero en efecto, señor.
FERNAN. ¿Tenéis á don Tello amor?
BLANCA. En los ojos puede vello
Vuestra Alteza, si le pido
venganza dél, ¿de qué suerte
le tendré amor? Caso fuerte
es que á don Diego haya herido,
y que ofendiéndoos á vos
se ausente y huya seguro.

FERNAN. Aunque entenderos procuro,
no os doy alcance, por Dios.
Si don Diego os ha obligado
y vos le correspondéis,
¿qué más venganza queréis
que á don Tello desterrado
y á su enemigo mayor
dueño vuestro?

BLANCA. Ya yo sé
que cuando en posesión ve
quien ama al competidor,
se abrasa; y sé que don Tello
por extremo ha de sentirlo,
mas no atormenta el oírlo
tanto, señor, como el vello.
Venga y muera entre desvelos
quien nos ofende á los dos.

FERNAN. ¿No queréis, Blanca, mal vos
á quien pretendéis dar celos?
BLANCA. Con tormentos más extraños
satisfaré mi rigor,
que estos no son, gran señor,
celos.

FERNAN. ¿Pues qué?
BLANCA. Desengaños.

FERNAN. Decís bien; y según eso
ninguno cual yo podrá
ejecutarlos; ya está
quien os ha ofendido preso.

BLANCA. ¿Quién, señor?
FERNAN. Don Tello.

BLANCA. ¿Dónde?

FERNAN. No está la pena distinta
del delito; vuestra quinta
al uno y al otro esconde.
Llegó, la espada desnuda,
á mi presencia don Tello;
humilló á mis pies su cuello,
que siempre la ofensa es muda,
y yo, si no vengativo,
justiciero, le mandé
prender aquí mientras dé
don Diego, puesto que vivo,
miedo al peligro. Cortarle
pienso, cuando os desposéis,
la cabeza.

BLANCA. No querréis,
señor, ese premio darle
á quien os ha reducido
casi un reino amotinado.

FERNAN. Su fiscal sois y abogado;
justicia me habéis pedido;
pues ¿cómo alegáis ahora
servicios suyos?

BLANCA. No son
indignos de compasión
los agravios.

FERNAN. Pues, señora,
ó vos le habéis de llorar
hoy sin vida á vuestros ojos,
ó para atajar enojos
con vos se ha de desposar.

BLANCA. Como perdón se le dé
los pies mil veces os beso.

FERNAN. Sosegaos, que no está preso
ni aquí.

BLANCA. ¿Pues dónde?

FERNAN. No sé.

BLANCA. ¿Ya engañan las majestades?

FERNAN. Siempre que engañan bellezas
importa que sutilezas
desembocen voluntades.
De la vuestra he colegido
que á título de ofenderle
procurábadas tenerle
antes preso que perdido.

BLANCA. Confieso aquea verdad.

FERNAN. Pues para desagrararla
si intentases disfrazarla,
y es bien premiar voluntad
de quien arriesgó su vida
por lograr en vos su amor,
y es digno deste favor
mi intercesión y su herida,

hoy habéis de ser esposa de don Diego, y yo el padrino; destierre su desatino á quien con ira alevosa aguarda que yo me pierda en estas sierras cazando, y á quien estimo engañando ofende; así, vos sois cuerda y en vuestra discreción funda su salud quien os adora.

BLANCA. ¡Gran señor!...
FERNAN. Más acreedora es la voluntad segunda, que á don Diego confesáis, que la que don Tello os debe, pues á amaros no se atreve mientras celos no le dáis.

BLANCA. No es bastante razón está para que...

FERNAN. Ved á don Diego.

BLANCA. No violenté mi sosiego vuestra Alteza.

PASCUAL. ¿Reye artesa?
FERNAN. Yo gusto desto.

BLANCA. Alma mía, contra vos no hay Majestad.

PASCUAL. ¿Reye artesa?

FERNAN. Entrad, entrad.

PASCUAL. Entre vuestra artesería. (Vanse.)

ESCENA V

TRES MOROS peleando con DON TELLO, y deteniéndolos
Alí Petrán, también moro.

Alí.

Dejadle, deteneos, que para tal Alcides sois pigmeos; por Alá soberano que vibra Jove rayos en su mano. ¿Hay valor semejante?
¡Bárbaros, retiraos, quitaos delante.

LOS TRES.

¡Muera!

Alí.

¿Cómo que muera?
A vuestras manos, desdichado fuera.
¿Hay más bizarro aliento?

MORO PRIMERO.

Cuatro alcaides ha muerto.

Alí.

Fueran ciento, fueran mil y aún son pocos para el esfuerzo suyo. Apartad, locos, retiraos, ó á su lado haréis por fuerza lo que no de grado. ¿De cuándo acá, atrevidos, me desobedecéis?

MORO SEGUNDO.

Muertos y heridos piden justa venganza.

Alí.

¡Oh, infames! por Mahoma, si os alcanza la cimitarra mía, que habéis de llorar trágico este día.

MORO PRIMERO.

Eres Príncipe nuestro. Obedecerte es fuerza.

(Vanse los Moros.)

ESCENA VI

Alí y DON TELLO.

Alí.

Envidia nuestro

á tu valor; sosiega, recóbrate, descansa, que no ciega la emulación honrosa, pues también hay envidia generosa.

DON TELLO.

Mayor me la ha causado tu noble proceder; ya he respirado del riesgo que corría, descanso en brazos de tu cortesía; porque en el bien nacido lo mismo es obligado que rendido. Logra victorias, toma.

(Vale á dar la espada.)

Alí.

No has de vencerte en todo, por Mahoma; basta que en lo hazñoso salgas, Marte cristiano, victorioso. Envaina el noble acero y págale mejor, que más te quiero, cuando obligarte trato, conmigo armado que con él ingrato. ¿Adónde ibas? ¿Quién eres?

DON TELLO.

Yo soy un escarmiento de mujeres; juego de sus mudanzas; verdugo de mis mismas esperanzas. Por una que me quiso me destierra el amor del paraíso de su hermosura ingrata; una inconstancia ausente me maltrata; una amistad aleve paga en traiciones la lealtad que debe. Un Rey á quien hechiza, ciego, sus desaciertos autoriza; y porque satisfago injurias, me destierra y llevo el pago que dan pasiones reales; mas ¿cuándo se premiaron los leales?

Yo, moro generoso, huyo, en efecto, amando por celoso, por noble vengativo, por vasallo de un Rey ponderativo. De quejas de privados que injurian amistades, destemplados, determiné en Toledo dar lugar al rigor, sagrado al miedo, lástima á su Rey moro, contento ausente á la beldad que adoro, pesar á mis amigos, venganza á envidias, al amor castigos,

¿Quieres hacer hoy prueba de mi amistad?

DON TELLO.

Mi lauro (1) es que tan nueva contigo pueda tanto. La lealtad es blasón ilustre y santo; nobleza me acompaña, no ha de infamar segunda vez á España otro Julián segundo, oprobio del Bautismo, asombro al mundo. Reine infinitos años Fernando, y denle luz los desengaños que eclipsa un lisonjero; de cuantos me prometes sólo quiero un favor que me llama á nueva dicha.

Alí.

¿Y es?

DON TELLO.

Robar mi dama, que será fácil cosa; porque cerca de aquí, ni recelosa de asalto semejante, ni con pesar de que olvidó á su amante, al pie de la Bureva mora una quinta, donde Flora nueva, los planteles que pisa rosas la sirven y la adulan risa. La soledad ociosa y la sierra de suyo tan fragosa, que al cielo besar piensa, de sí misma presidio es su defensa. Si de sus sierras altas franqueamos estorbos, y la asaltas en el silencio obscuro, de agravios y de celos me aseguro; mis pesares mitigo, venganza cobro, injurio á mi enemigo, y viendolo que pudiera destruirle este reino si quisiera, dejándole sin daño, obligo al Rey, si no le desengaño; con que ofrecerte puedo perpetua esclavitud, vuelto á Toledo.

Alí.

No digas más; mis moros, mi voluntad, mis armas, mis tesoros son tuyos; la fortuna patrocine tu amor; cubra la luna presunciones de plata aquesta noche á tus intentos grata.

DON TELLO.

Pon tus pies en mi cuello.

Alí.

Alza y marchemos. ¿Llamaste?...

DON TELLO.

Don Tello.

(Vanse.)

al olvido licencia y el alma á los peligros de la ausencia. Partí desesperado, pues todo es uno, loco y desdeñado; asaltóme esta tarde sin oírme, tu campo é hizo alarde no el valor, la locura, de enojos que juzgara por ventura. Pues siendo el morir cierto más honroso blasón es quedar muerto á manos de escuadrones que de olvidos, agravios y traiciones.

Alí.

Mucho á tu Rey le debo por el agravio que me avisas nuevo; mucho á tu falso amigo, pues mi dicha estribaba en su castigo; mucho más á tu dama, pues te conozco porque te desama, aunque será excelente si es tan hermosa, como tú valiente. Si el rigor coronado vienes huyendo que irritó un privado y en el Rey de Toledo libras tu amparo, príncipe le heredo. Alí Petrán me llamo, Almenón es mi padre, nobles amo, y á ti, que sobre todos resucitas blasones de los godos, la inclinación de Marte con mi amparo me trajo hacia esta parte; que no es la vez primera que me recibe el Tajo en su ribera, y en sus márgenes rojos ovación, si no triunfos de despojos, con risueñas señales me sale á hacer aplausos de cristales. Ya han visto mis hazañas de la ulterior Castilla las montañas, ya han llorado su estrago los elevados cerros de Buitrago. Pero ninguna presa la fama de mis armas interesa como la que hoy consigo en merecer ganarte por amigo. Marchemos á Toledo, sino es que amante persuadirte puedo, á que con diez mil hombres tu reino asaltes, tu enemigo asombres. Tu misma patria tema, Burgos te dé en su silla su diadema, y asombrando tu fama te adore por reinar tu fácil dama.

DON TELLO.

Príncipe generoso, de puro desdichado soy dichoso, dame esos pies.

Alí.

La mano ¿no es mejor? Por Mahoma soberano que me inclinas á amarte, de suerte que me atrevo á entronizarte en la cristiana villa del reino, antes condado, de Castilla.

(1) En la impresión de Sevilla dice «Milagro».

ESCENA VII

Salen CASILDA, de mora bizarra, y AXA, mora.

- CASILDA. Mira si alguno nos vió.
 AXA. ¿No basta que Alá nos vea si Mahoma, que desea que seas reina, se ofendió de que lleves cada día de comer á los cristianos y que por tus mismas manos los regales?
- CASILDA. No sería él tan santo y tan profeta si mostrase indignación porque tengo compasión destos miseros; respeta el que es fiel todo retrato de su Príncipe y en él (ya esté en lienzo, ya en papel) pena de ofenderle ingrato. Mostrar su lealtad procura, y cuando en él ve su cara, no en el lienzo vil repara, sino sólo en su figura. De Alá semejanza son los cautivos, Axa mía; él los conserva y los cria, y en esto no hay distinción de nosotros; poco va para que yo los estime (si en ellos su copia imprime y son retratos de Alá), que la materia sea ó no de valor, pues le retrata, que no al lienzo ni á la plata, la imagen respeto yo.
- AXA. Siendo tú Princesa...
 CASILDA. ¡Ay Axa! ¿quién te pudiera decir cosas que intento encubrir y no puedo! Juzga baja y extraña mi inclinación, que una vez que no piedad, sino la curiosidad, me llevó á ver su prisión, aprendí cosas en ella con que infinitas me obliga, á que los ame y los siga. ¿Podréme yo, prima bella, fiar de tí?
- AXA. Si me amaras pudieras no me agraviar con tener y recelar secretos en que reparas. ¿Tan poco te estimo yo que cuando, lo que no creo, te arrojara tu deseo á amar á un cautivo...
 CASILDA. No; no, prima, cierra la boca; á todos juntos los amo; pero no por esto infamo mi opinión, liviana ó loca.
- AXA. Pues ¿qué tienes que fiarme?
 CASILDA. Mira, después que frecuento el calabozo violento

que compasión pudo darme, y curiosa de saber los misterios en que estriba de tanta gente cautiva la profesión, llevo á ver, no sé si te diga engaños de la nuestra.

- AXA. ¿Estás en tí?
 CASILDA. Será, prima, frenesí que quiere eclipsar mis años. Mas nadie ya me persuade después que en su escuela asisto, que si es falsa la de Cristo no es su ley más concertada. Hallo mil contradicciones en la de nuestro Alcorán, y que sus preceptos dan licencias y no razones. Si le pregunto á un cristiano ¿cómo puede ser que Dios con naturalezas dos, siendo divino y humano, sola una persona sea? con discursos y sentencias, ejemplos y congruencias me ocasiona á que lo crea. No hay tan difícil secreto en su ley que no permita disputas con que acredita su fe el cristiano discreto. Pregunta tú á un alfaquí, ó al morabito mayor, ¿por qué causa, siendo amor unidad que enlaza en sí dos almas, es bien conceda Alá, contra su decoro, ley para casarse el moro con cuantas sustentan pueda? Si le replicas diciendo que el amor pide igualdad y dando mi voluntad al esposo que pretendo es justo me satisfaga con un alma toda unida, entera y no repartida, que amor con amor se paga, responderá: no hay cuestiones para eso en mi ley sagrada; sólo consiste en la espada su verdad, y no en razones: yo desiendo y no disputo. Pues si no hay más fundamento, Axa, nuestro entendimiento, ¿en qué difiere del bruto? Según aquesta quimera que discursos no consiente, él que fuere más valiente tendrá ley más verdadera. De donde, por que te asombres, sacó que es, en conclusión, mejor ley la del león que despedaza á los hombres.
- AXA. Suplicote que no trates en eso, que me das pena.
 CASILDA. Su ley, Axa, será buena mas huéleme á disparates.
 AXA. Esa es blasfemia.

- CASILDA. Oye ahora. ¿Persuadirás á creer que Mahoma, para ver los palacios que Alá mora, suba por una escalera á los siete Paraísos que nos vende; y que divisos unos de otros, cada esfera, conforme afirma en la Suna y en el Alcorán, dilata por ellos tanto oro y plata que empobrece la fortuna? ¿Tanto diamante y topacio, tanta multitud de perlas que no hay ojos para verlas; tanto jardín y palacio, tanto arroyo cristalino, que siete cielos regando están perennes brotando néctar, leche, miel y vino? ¿Aquel árbol que se nombra Tubba, tan grande y frondoso, que descansa deleitoso el cielo todo á su sombra; de tanta felicidad que cada hoja es un tesoro y siendo la mitad de oro es plata la otra mitad; donde el nombre de Alá santo y de Mahoma está escrito, sin juzgarle por delito que un hombre merezca tanto? ¿Para qué tapicerías de púrpura y seda en redes adornando sus paredes, donde sin noches los días no necesitan de abrigo? ¿Para qué alcatifas tantas, si estrellas pisan las plantas de Alá y de quien es su amigo? ¿Para qué, si la sed falta, aquellas dos fuentes bellas que con cada gota dellas de plata, Apolo se esmalta? ¿Cómo podré yo creer, sin que el seso se desmande, que cada fuente es tan grande que llega, prima, á tener sesenta mil y más leguas? ¿Hay disparate mayor? ¿Y que ofrece en derredor, por dar al cansancio treguas, más tazas y vasos, prima, que tiene estrellas el cielo, donde bebe sin recelo quien sus deleites estima? ¿Dónde la torpeza goze vírgenes, si es que lo son, las que en lasciva afición el vicio torpe conoce; donde comiendo de modo que nunca el manjar enfada para el alma no haya nada siendo para el cuerpo todo? ¿Persuadirás el discreto que es felicidad tener necesidad de comer
- siendo en los vicios defeto? ¿Que necesite escalera para subir á gozar la gloria que le han de dar el moro que en Alá espera? Anda, prima.
- AXA. No disputo en lo que manda Mahoma.
 CASILDA. Consiste en que beba y coma la gloria torpe del bruto, no del alma, cuyo ser es substancia inmaterial que estriba intelectual en amar y en entender. Ríete de aquel banquete, donde coronando al vicio, desde el día del juicio nuestro Alcorán nos promete tanto manjar sazonado, tanto vino generoso, tanto vestido curioso, tanto joyel esmaltado, dando por postre un limón á cada moro que huela y abriéndose (¿hay tal novela?) salga dél, con perfección extraña, una dama hermosa que con su moro se enlace y en fe que le satisface, con vida torpe y ociosa, sin dividirse los dos, estén así cincuenta años; ¿son dignos estos engaños de la pureza de Dios? Señora, tú estás perdida.
- AXA. Yo, prima, me ganaré.
 CASILDA. ¿Qué mucho que Alá te dé, siendo á su ley atrevida, la enfermedad que padeces? Antes por favor la estimo, pues los intentos reprimo de mi padre, cuantas veces me pretende dar empleo, que es intolerable pena llorarme después ajena si á mí misma me poseo. Vete y déjame gozar á solas mis pensamientos; para el triste no hay contentos como el no comunicar discursos si no es consigo.
- AXA. Voime, pues tú me lo mandas. Amor, que riscos ablandas, si sospechas tuyas sigo, la princesa se enamora de algún cristiano que preso le ha mudado, como el seso, el alma, pues ya no es mora. Yo averiguaré verdades, puesto que bastantes son para su averiguación tristezas y soledades. (Vase.)

ESCENA VIII

CASILDA, sola.

Pura esfera de cristal,
comuniemos las dos
á solas; un solo Dios
sé que hay, por luz natural:
píntame corporal
la ley de nuestro Profeta,
que á deleites se sujeta,
que come y bebe entre flores,
que en materiales amores
almas y cuerpos inquieta.
Enseñame la razón
que si amor se comunica
aquí es porque fructifica
la humana propagación;
no hay allá generación
de individuos, porque estriba
su gloria en que eterno viva
quien el alma le dirige,
pues ¿por qué lo torpe elige
y de lo casto nos priva?
Díceme la ley cristiana
que en estos cautivos miro,
misterios de que me admiro
y casi á su fe me allana,
una deidad soberana,
pura, limpia y absoluta
me enseña con que refuta
del moro los fundamentos,
un cielo sin elementos
que el tiempo jamás disfruta.
Una inmaterial limpieza
que el alma llega á tener
ocupada siempre en ver
de Dios la naturaleza;
la beatífica pureza
en que su gloria se funda;
una claridad que inunda
potencias, que deja en calma,
sobrándole tanto al alma
que hasta en los cuerpos redunda.
No se come, no se bebe,
que allá fuera imperfección,
en fogosa suspensión
sólo á ver su Dios se mueve;
lo eterno juzga por breve
sin que se canse en mirar
de Dios el inmenso mar
donde fin no se conoce,
porque por mucho que goce
le queda más que gozar.
Todo esto está bien fundado;
todo parece seguro,
porque lo casto y lo puro
me causan notable agrado;
sólo inquieta mi cuidado
el persuadirme á entender
que un solo Dios pueda ser
uno y tres, sin que ninguno
de aquestos tres sea del uno
distinto: ¡extraño creer!
Un Dios simple y no compuesto
en tres personas me pinta
su ley, cada cual distinta
y cada cual un supuesto;

¿de qué suerte ha de ser esto
para que su fe me cuadre?
Una persona que es padre
y origen de todo el bien,
con un hijo, pues ¿en quién
le engendra, no habiendo madre?
¿Un hijo de luz sagrada
que siempre engendra este abismo
y siempre se queda el mismo
sin añadirsele nada?
¿Habrás quien me persuada
no ser el engendrador
en tiempo y edad mayor
que el hijo y cuando le hereda,
que de uno y otro proceda
otro que todo es amor?
¡Tres con una voluntad!
¡Tres con un entendimiento!
¡Tres de un solo pensamiento
y en tres sola una deidad!
¿Quién me dará claridad
para no dudar después?
Cielo, que mis ansias ves,
enseñame destos dos
cuál es verdadero Dios.

ESCENA IX

Salen dos CAUTIVOS con azadones.—DICHA.

CAUT. 1.º Digo que es uno y son tres
y que he acertado el enigma.
CASILDA. ¡Válgame el cielo! ¿quién da
respuesta á mis dudas? Ya
haré de vos más estima
ley santa.
CAUT. 2.º Ganáis en fin,
y que os premien es razón
por sabio.
CASILDA. Cautivos son
que están regando el jardín,
sus palabras son apoyos
desta verdad evidente.
CAUT. 1.º ¿No salen de aquella fuente
distintos los tres arroyos
que dan á estos cuadros vida?
CAUT. 2.º Negarlo fuera ignorancia.
CAUT. 1.º ¿No es de una misma substancia
el agua en ellos unida
aunque distintos los ves?
Luego siendo su pureza
una, en la naturaleza
serán uno siendo tres.
CASILDA. En este ejemplo se fragua
mi certidumbre, ay mi Dios,
¿quién podrá unirme con vos
para gozaros?
CAUT. 1.º El agua
fué del enigma sujeto.
CAUT. 2.º Venid, que entra Alí Petrán
victorioso capitán.
Verémosle.
CAUT. 1.º Yo os prometo
que aunque á Castilla destruye
y tantos ha cautivado,
su piadoso y noble agrado
valor de príncipe arguye.
CAUT. 2.º Vamos, verémosle entrar. (Vanse.)

ESCENA X

Música. Todo el monte, desde la mitad arriba, se abre
y queda como chapitel de una torre, levantado;
descúbrese en su centro una sala adornada por
arriba y por abajo de sedas, y en medio, sobre
unas parrillas, desnudo, SAN VICENTE mártir, abra-
sándose.

CASILDA. Agua que tiene eficacia
de alcanzarme vuestra gracia,
¿dónde la tengo de hallar?
VICENTE. Aquí.
CASILDA. ¡Ay, cielos! una sierra
abierta por la mitad,
da á mis dudas claridad
y mis errores destierra.
¿Qué majestuoso centro!
¿Quién es aquel que se abrasa
y tantos incendios pasa
fénix de paciencia dentro?
¿Hay más deleitoso espacio?
El risco que ya es dosel
le sirve de chapitel
y su interior de palacio.
¿Podré yo saber de vos
quién sois, y tener sosiego?
VICENTE. Casilda, por agua y fuego
se alcanza el reino de Dios.
CASILDA. Ya á su doctrina obediente
la ceguedad no me ofusca.
VICENTE. Vicente soy; hija, busca
los Lagos de San Vicente,
porque si en ellos te bañas
de la enfermedad que tienes
sanarás.
(Cúbrese.)
CASILDA. ¿Qué extraños bienes
escondéis, bellas montañas!
Muerta por buscaros quedo,
mis dichas os hallarán.
DENTRO. ¡Viva nuestro Alí Petrán
por Príncipe de Toledo.
(Música y cajas de dentro.)
CASILDA. Vivid Señor, reinad vos.
¡Ay Lagos! si á veros llego
sabré que por agua y fuego
se alcanza el reino de Dios.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen el REY MORO, DOÑA BLANCA, ALÍ PETRÁN,
y DON TELLO.

REY. ¿Qué importa que mi corona
su jurisdicción me ofrezca
en la ciudad que blasona
imperios godos, y crezca
con triunfos que Alá ocasiona?

¿Qué de la circunferencia
de España, centro se llame,
y en su apacible eminencia
pródigo el cielo derrame
lo mejor de su influencia?
¿Qué importa haber extendido
el imperio que he adquirido,
por todo lo que no entrena
fragosa Sierra Morena,
Guadarrama presumido;
que me tribute Sevilla;
Córdoba á mis pies postrada,
cuando ofrecen á mi silla
parias el Rey de Granada,
treguas el Rey de Castilla,
si todo lo que interesa
la gloria de mi corona,
tanto triunfo, tanta empresa,
lo desluce y desazona
el mal de vuestra Princesa?
¿Posible es que Alá permita
que en tan hermosa presencia
tanta enfermedad compita?
No sé si su Providencia
ofende y desacredita;
sé á lo menos que afectara
blasón de deidad severa,
si como suele ser rara
maravilla permitiera
que siempre el sol se eclipsara.
¿Para qué tan extremada
belleza en Casilda, rosa
fresca á un tiempo y maltratada,
si cuando la admiro hermosa
la lloro siempre eclipsada?

TELLO. No es mucho que vuestra alteza
pondere así tanto daño,
que yo que vi su belleza,
de ley y nación extraño,
le acompaño en la tristeza...
¿Es posible que no habrá
remedio?

REY. Ya no le espero.
Arabia médicos da
por ser patria del primero;
pero la salud Alá.
Un Avicena ha ofrecido
Córdoba, en ella han nacido
un Rasis, un Almanzor;
mas fué su fama mayor
que sus efectos han sido.
No he dejado diligencia
en todos sus profesores,
mas esta invisible ciencia
en estatua: y en doctores
vende sola la apariencia.
ALÍ. Hipócrita es el que ignora
efectos de su doctrina.
REY. Dices bien, pues siendo ahora
morisca la medicina
no la halle la infanta mora.
Treguas, don Tello, me pide
vuestro Rey que le concedo,
sólo por vos, como olvide
enojos, y de Toledo
os permita, aunque lo impide
su privado, que salgáis

á su gracia reducido.
Violento en mi reino estáis,
puesto que en él aplaudido
de los moros que obligáis.
No se quiere desposar
aquí vuestra dama bella;
es tormento el esperar
dichas que libráis en ella
y aquí no podéis lograr.
Iréis á Burgos los dos,
aunque á ser tan cuerdo vos
como sois enamorado,
temiérades de un privado
la enemistad, que si es Dios
casi un rey, con tan profunda
pasión, no sé en que se funda
el amor que os desespera
siendo Dios causa primera
y obrando por la segunda;
por la de un privado digo.

TELLO. De doña Blanca, señor,
el orden y gusto sigo.
ALI. Es primer móvil amor
y puede más que un amigo;
yo lo soy vuestro y en fe
de que estimo este blasón,
á vuestra patria asalté,
y dándola confusión
vuestra dama os entregué.
Seis meses ha que asistís
en Toledo y desmentís
pesares y competencias
que os causaran impaciencias
en Castilla. Si ós partís,
iréis, don Tello, advertido
de la voluntad que os muestro,
y sin ponerla en olvido
siempre seré amigo vuestro,
pero mal correspondido.
TELLO. Eso no, que soy leal;
á quedarme estoy dispuesto
sirviéndoos.
AXA. (dentro.) ¡Terrible mall
¡triste pérdida!
REY. ¿Qué es esto?

ESCENA II

Sale AXA y después CASILDA.—DICHOS.

AXA. Un accidente mortal,
señor, robarnos procura
con la infanta, la hermosura
del más generoso mayo;
disfrazada en su desmayo
la muerté, á su edad perjura,
en flor nos lleva esta rama,
y la sangre que es su vida
no sé por qué la desama,
pues ingrata y homicida
por el suelo se derrama...
Aquí el sol por ella llora.
(Descubrese la Santa en una silla, desmayada.)
TELLO. Gualda es ya, la que clavel.
REY. ¡Casilda!
ALI. ¡Hermana!

BLANCA. Señora.
REY. Contigo el cielo cruel
rubies llueve y no es aurora;
hija, que, en fin, se eclipsó
el sol que á Toledo dió
luz más clara que el Oriente.
CASILDA. ¡Ay Lagos de San Vicente,
cuándo os he de gozar yo!
REY. Amanezca alegre el día
segunda vez en tu cara,
cesará la muerte avara
que en tinieblas nos tenía.
No hay médico ni aforismo
que así al enfermo asegure,
por más que recete y cure,
como el que padece el mismo,
si resistiendo á la muerte
y dando aliento á la vida
pasiones del alma olvida
y sus tristezas divierte.
Hazlo, mi Casilda, así;
no añadas al mal molesto
suspensiones, que con esto
me darás salud á mí.
CASILDA. ¡Ay padre y señor, que en vano,
cuando el mal se ve de lejos
suele mal lograr consejos
en el que padece el sano!
Un solo medio me ofrece
el cielo para sanar,
pero hásmele de negar,
y así por instantes crece.
Pues que no he de conseguirle,
el remedio es padecer.
REY. Remedio y en mi poder,
¿y tú rehusando el pedirle?
Sin razón mi amor olvidas:
pide á Toledo desde hoy,
que en albricias te le doy
sólo de que me le pidas.
CASILDA. Has de juzgarme indiscreta
mientras no le dificulto,
si cuerda no le consulto
aunque salud me prometa.
Este cristiano es prudente
y en tu servicio leal,
fiaré de su caudal
todo lo que el alma siente,
y sabré dél esta tarde
si estará puesto en razón
decirte mi petición.
REY. Todo pedir es cobarde.
Sed, don Tello, consejero
de la Infanta, persuadida
á que es padre de Casilda
un Rey con todos severo;
con ella no. ¡Ay si por vos
cobra salud, no es bastante
premio un reino. Ven, Infante.
TELLO. ¿Qué es esto, válgame Dios? (1)
(Éntranse el Rey, Ali y Axa por una
parte, y los demás por otra.)

(1) En la reimpresión dice estas palabras Doña Blanca.

ESCENA III

BLANCA.
¿Qué oís, temor indiscreto?
¿La Infanta á don Tello á solas?
Celos, si amenazáis olas,
mil naufragios me prometo.
¿Que por difícil no diga
el remedio de su daño
la Infanta? ¡Ay recelo extraño,
cuando la tristeza obliga!
Todo el pecho enamorado
y triste á la Infanta veo:
¿dudaré de su deseo
que el alma al amor ha dado?
Y si enamorada está,
¿podré dudar yo tampoco
que de su apetito loco
no es don Tello el dueño ya?
Mi sospecha es evidente:
¿no dijo: «Por ser leal,
fiaré de su caudal
todo lo que el alma siente?»
Pues con él, ¿qué ha de sentir,
¡celos! á solas un alma
que tiene la lengua en calma
para no se descubrir:
á su padre y sólo fia
de don Tello sus desvelos?
Amor: si crecéis con celos
ponzoñosa madre os cria.

ESCENA IV

BLANCA y AXA.

AXA. Blanca: en fe de la amistad
que he profesado contigo,
si es que con ella te obligo,
confiérame una verdad.
¿Tienes mucha voluntad
á don Tello?
BLANCA. Mereciera
que ninguna le tuviera
á quien amante se llama
y osa, Axa, robar su dama
porque forzada le quiera.
Por esta sola ocasión
no me desposo en Toledo
con él, porque nunca el miedo
hizo firme una afición.
Díranme, y tendrán razón,
que si aquí le doy la mano
es por temerle tirano
de tu Rey favorecido,
y que mereció atrevido
lo que nunca cortesano.
Y si á Castilla te lleva,
¿querrásle mucho?
AXA. ¿Quién duda?
BLANCA. Con los afectos se muda
amor, que méritos prueba.
AXA. En fin, ¿le adoras?
BLANCA. No es nueva,
Axa, en mí esa voluntad;
mas, si te digo verdad,
yo te juro que no ha un hora
que le amaba menos que ahora.

AXA. ¿Cómo?
BLANCA. La seguridad
se entibia aposeionado
el amor que después crece
en los peligros que ofrece
la sospecha y el cuidado.
AXA. ¿Tienes celos?
BLANCA. Hanme dado
no sé que vislumbres dellos.
AXA. ¿Son de mí?
BLANCA. Tus ojos bellos
bastaran, Axa, á engendrarlos,
mas no son celos vasallos
cuando Altezas miro en ellos.
AXA. ¿Celos de la Infanta?
BLANCA. Digo
que no son más que vislumbres
ó asomos de pesadumbres.
AXA. Declárate más conmigo.
BLANCA. No sé de qué fui testigo,
que por más que me atormenté
á mí misma me desmiente;
pero, dime: ¿quién te envía
con tanta instancia, Axa mía,
á que mis cosas te cuente?
Algo debe de importarte
el saber si quiero ó no
al contenido.
AXA. Hago yo
de cierto ausente la parte:
impórtame preguntarte
cosas para su sosiego.
¿Quisiste bien á un don Diego,
de tu Rey favorecido,
por ocasión tuya herido?
BLANCA. Algo, sí; no te lo niego.
AXA. ¿Y en qué te desmereció
ese algo, Blanca, que escucho,
don Diego?
BLANCA. En llegar un mucho
con que ese algo se olvidó.
Don Tello se me ausentó,
y dándome por esposo
á don Diego, fué forzoso
en fe de que soy mujer,
lo fácil aborrecer
y amar lo dificultoso.
AXA. De todo lo dicho advierto
que don Diego es ya el querido
y don Tello aborrecido;
aquél dudoso, éste cierto.
BLANCA. Hubieras dado en lo cierto
según en nuestro amor pasa,
mas como en celos se abrasa
mi pecho, que es todo extremo,
amo á Tello porque temo
que se me quiere ir de casa.
Mas ¿no sabré yo á que efeto
es tan larga información?
AXA. Cosas que te importan son
fiadas de mi secreto.
BLANCA. Blanca, si es tu amor discreto,
fériame á Tello y tendrás
otro que te estime más.
Por dueño suyo te adora
nuestro Príncipe; señora
desta corona serás.

Reina te eligen los cielos,
como tu amor lo permita.
BLANCA. No es cuerdo quien solicita
voluntad que abrasan celos;
son de suerte sus desvelos,
por más que los aconsejan,
que del remedio se alejan;
y quedando el gusto en calma,
como ocupan toda el alma,
nada para el otro dejan.
AXA. Pues repare tu desdén
en que Ali Petrán te adora,
y la infanta mi señora
quiere á tu don Tello bien;
en que don Diego también
asiste aquí disfrazado.
BLANCA. ¿Quién?
AXA. Don Diego, á quien he dado
las llaves de mi sosiego.
Templa del Príncipe el fuego,
porque es locura pensar
que hemos de dejarte amar
ni á don Tello ni á don Diego. (Vase.)

ESCENA V

BLANCA.

¿De tres en tres los recelos
y no las dichas, fortuna,
si quiera de en una en una?
¿Dos competencias, dos celos?
¿Unos de don Tello, ¡ay cielos!
que si los lloré vislumbres,
ya pasan de pesadumbres,
pues cuando ofender intentan
celos en duda atormentan
y matan en certidumbres.
Por más que me solicite
el Príncipe es disparate
que vencer mis penas trate
mientras con celos compite.
Allane tropiezos, quite
estorbos á mi sosiego,
podrá ser logre su fuego;
que mal me podrá obligar
no permitiéndome amar
ni á don Tello ni á don Diego. (Vase.)

ESCENA VI

Salen CASILDA y DON TELLO.

CASILDA. Tan satisfecha en oírte,
tan persuadida en creerte,
tan pronta en obedecerte
y tan dispuesta á seguirte
estoy, cristiano discreto,
después que te comunico
que en tu ley me certifico
y á su yugo me sujeto;
dichosa yo que merezco
llamarte maestro mío.
TELLO. Si yo, Infanta, como flo
en el cielo, á Dios te ofrezco,
¿qué más bien?
CASILDA. Siéntate aquí.

TELLO. Mira mi desigualdad.
CASILDA. Descansa ni enfermedad
con alivios que hallo en ti;
siéntate, Tello, á mi lado
que quiero mostrar si sé
los misterios de la Fe
que el alma me han alumbrado;
pero ley que el mundo adora
merece veneración
en pie.

TELLO. ¡Qué cuerda razón!
CASILDA. Oye, Tello: escucha ahora.
Dices, conforme me enseñaste,
que es principio sin principio,
substancia sin accidentes,
fin sin fin, todo infinito,
sólo una simplicidad,
un ser, un acto sencillo,
una forma sin materia,
una entidad, un distrito
sin límites, no causado,
no en tiempo, no producido,
de sí sólo dependiente,
de sí sólo comprendido,
antes que de los tesoros
de su amor diese al prodigio
de tantas esferas ser,
no forzado, porque quiso,
primero que eslabonase
con asombroso artificio
esos cielos, elementos,
planetas, astros y signos,
influencias, calidades
y especies que en individuos
se fuesen perpetuando,
ya insensibles y ya vivos,
estaba solo en sí solo,
siendo asiento de sí mismo
su mismo ser, que no ocupa
Dios lugares circunscritos.
Todo está en Dios y él está
en sí, porque lo infinito
por esencia es necesario
que sólo de sí sea sitio.
Y aunque solo, no por eso
en sus eternos retiros
estaba incomunicable,
pues conversando consigo,
entendiéndose y amándose,
sin cansancio, sin fastidio,
obra necesariamente
(que el ocio en Dios fuera vicio).
Con todo eso, pudo tanto
en él su amor excesivo,
que para comunicarse
á lo mortal y finito
cuando fué su voluntad,
sin que hubiese más motivo
que su libre providencia,
crió todo el laberinto
de lo celeste y terreno:
sol, luna, planetas, signos,
estrellas, esferas, polos,
elementos, mares, ríos,
hierbas, plantas, flores, frutos,
selvas, prados, valles, riscos,
con todo lo que contienen;

y en la cumbre del emíreo,
de substancias incorpóreas
nueve ejércitos distintos.
Eran éstos de palacio
y la cámara continuos
del Monarca omnipotente
asistentes y ministros.
El más hermoso, pues, dellos
(que con tantos requisitos
de gracias y perfecciones
naturales en el vidrio
de su estimación liviana
se miró primer Narciso,
de sí mismo enamorado),
contra su autor, presumido,
juzgó, necio, á menoscabo
dar el respeto debido
al Príncipe su señor
después de haberle previsto
un supuesto y dos substancias,
y que á fuerza de suspiros
y opresión de sus retratos
su deidad humana quiso.
Soberbio, pues, el Lucero
contra el Sol, ¡qué desatino!
osó amotinar parciales
y de rebeldes caudillo,
tocó cajas contra Dios
(cómplices de su delito
la tercer parte de estrellas
que ya asombran basiliscos),
dióse la campal batalla
en palestras de zafiros,
el ¿Quién como Dios? venciendo
del alferez paraninfo.
Cayó el querub contumaz
relajado al sambenito
de llamas, que eternamente
son mordaza de precitos.
Como es incapaz de enmienda
el ángel nuestro enemigo,
y lo que una vez aprende
jamás lo pone en olvido,
y que no pudo vengarse
de quien le echó eternos grillos,
contra el hombre, su retrato,
fulmina flechas y tiros.
Gozaba Adán, vice Dios,
aunque formado del limo
y organizado del polvo,
si en la materia abatido,
de un espíritu inmortal,
de una alma, que siendo tipo
de la primera substancia,
ya en lo uno, ya en lo trino,
de una forma y tres potencias
imperaba en el dominio
de la ínfima redondez
amado como temido.
Acompañábale hermosa
aquel doméstico hechizo,
costilla antes, ya mujer,
uno y otro tan unidos,
que siendo hueso de huesos,
carne de carne indivisos
al conyugal sacramento
dieron fecundos principios.

La justicia original,
sin fómite ni incentivo,
fué el privilegio rodado
con que tan nobles los hizo,
que sin pagar á las leyes
pecho, sólo les previno
con el reconocimiento
de un árbol del Paraíso
que les vedó reservado;
pena que si atrevido
el hombre le profanase
fuese mortal su castigo.
El ángel dragón entonces,
envidiando el ver tan digno
lo humano que le heredase
las dichas que había perdido,
transformándose en serpiente
la torpe blasfemia dijo
de aquel «Seréis como dioses
si dais rienda al apetito».
Acometió á la mujer
como al más flaco portillo,
sin atreverse, cobarde,
al consorte discursivo.
Comió Eva, y el amor,
más que el engaño, al fin vino
con elocuencias de llanto
á despeñar al marido;
delinquieron contra Dios,
y como se opuso al mismo
la culpa (infinita ya
es cuanto lo relativo),
quedamos tan sin remedio
todos sus humanos hijos,
que los que mejor libraban
eran rehenes del Limbo.
Compadecióse el Amor,
y viendo que era preciso
que un Dios hombre á Dios le diese
por infinito infinito,
humanóse el Verbo eterno,
y redimiéndonos quiso
ser deudor, siendo acreedor,
pagándose á sí consigo.
Vistióse mortalidades,
trabajos, calores, frios,
oprobios, persecuciones,
destierros, hambres, martirios,
en el intacto obrador
del más puro vellocino
de la más cándida oveja
que vió el sol, que adoró el siglo.
Dando, pues, ésta la lana
y el telar, si humano limpio,
organizó el Paraclete
aquella Paloma armiño,
toda amor, ternura toda,
al Verbo, el terreno hospicio,
alojamiento de un alma
que unió la Deidad consigo.
Sólo el Espíritu amante
fué su autor, que no intervino
causa parcial eficiente
de varón así lo afirmo.
María dió materiales
y el amor tejó los hilos,
quedando entera la pieza